

La Aprobación de la Miscelánea es Evidencia

El PRI, aún Partido del Gobierno

- ★ Falta a los Comicios Credibilidad en sus Resultados
- ★ No Hicieron su Carrera Allí los Hombres en el Poder
- ★ Vale más no Haber Militado Nunca en la Oposición

LORENZO MEYER

La semana pasada, el Presidente de la República declaró que, como consecuencia de que ya hay en México competencia electoral real, el PRI "pasa de ser partido del gobierno a partido en el gobierno". Creo que la afirmación presidencial no es del todo exacta, desafortunadamente.

De entrada, la situación en Sinaloa, Guerrero y Michoacán —por sólo citar los casos conspicuos más recientes— nos muestran que a la competencia electoral en México, cuando se da, aún le falta un elemento sine qua non para ser real: la credibilidad de sus resultados.

En segundo lugar, todo indica que el PRI y otros partidos menores siguen siendo partidos del gobierno. La falta de autonomía del PRI respecto de la presidencia, y el uso sistemático que ese partido hace de los recursos materiales y del apoyo del gobierno para lograr y mantener su control histórico sobre casi el total de los llamados cargos de elección popular, hacen hoy del PRI un partido del gobierno, como lo ha sido desde el principio de su historia. El PRI es del gobierno porque el Poder Ejecutivo dispone de ese partido como

si fuera su propiedad. El ejemplo más reciente del uso y abuso del PRI (y del PFCRN) —para emplear la definición clásica de propiedad— por el gobierno, lo tenemos al examinar

la manera en que la semana pasada fue aprobada la llamada miscelánea fiscal de 1990 en la Cámara de Diputados. Como se sabe, por buenas y malas razones, el gobierno decidió modificar las bases especiales de tributación que

favorecían los intereses de varios grupos y organizaciones que supuestamente son parte importante de la red corporativa que da forma al PRI. Los diputados priistas representantes de organizaciones afectadas por las nuevas disposiciones —producto de la urgente necesidad del gobierno de aumentar los recursos que extrae de la sociedad— recibieron orden de sus superiores en el gobierno, de aprobar ya y a como diera lugar la controvertida medida, y para lograrlo hasta suplentes y enfermos fueron congregados para votar en el sentido ordenado por la superioridad. El resultado de esa votación —la aprobación de la miscelánea únicamente con el voto de los priistas y sus aláteres— puede ser buena o mala desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto de lo que no hay duda es que el voto de los diputados del PRI (y el PFCRN) la semana pasada, correspondió totalmente a los intereses gubernamentales y no a los de los gremios y grupos que los legisladores priistas dicen representar en teoría... pero no en la práctica.

Sin embargo, lo más interesante a discutir no es si el PRI es o no un partido del gobierno —es evidente que lo es— sino de determinar si es, como lo sostiene el Presidente Salinas, el partido en el gobierno. En mi opinión, los indicadores muestran que no es ese el caso, ni hay indicios de que lo sea en un futuro cercano.

★
Veamos los indicadores. Si el PRI fuera efectivamente el partido en el gobierno, entonces no hay

duda de que los funcionarios que ocupan los cargos gubernamentales de mayor responsabilidad, serían también personas con una carrera partidaria larga y notable. Sería absurdo suponer que si un partido, cualquier partido, logra por su propio esfuerzo el control de los puestos de elección, deje en manos de personas ajenas o casi a la vida y acción del partido, los puestos públicos más importantes: la presidencia del país y los puestos clave del gabinete. Sin embargo, ese ha sido, y continúa siendo, el caso de México.

Un partido político que es realmente digno de ese nombre —sea éste el Partido Comunista de la Unión Soviética, el Partido Socialista Obrero Español, el Partido Conservador de Gran Bretaña o el Partido Republicano de Estados Unidos—, al asumir la responsabilidad del poder, pone en los puestos de mayor responsabilidad del gobierno central a militantes probados; sólo excepcionalmente aceptan —y nunca de buen grado— que alguna persona llegue al tope de la pirámide política sin haber antes probado su lealtad y compromiso con el partido en el gobierno mediante una larga militancia.

En México, las cosas son distintas, y lo son justamente porque en la cúspide del poder no está el partido, sino un grupo bu-

rocrático que desde hace tiempo ha usado al PRI y sus satélites para permanecer en el poder. En efecto, en nuestro país y desde el principio del largo periodo de dominio formal pero no real del partido del Estado (PNR-PR.M.P.R.I.), cuáles son importantes dentro de la estructura donde está el poder, los recursos y se toman las grandes decisiones: el gobierno federal. En su obra "Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971", el historiador estadounidense Peter H. Smith, nos informa que el partido del Estado "no es ni el escenario de la toma de decisiones clave, ni tampoco una vía para llegar al poder". Las bases de esta afirmación son varias. En primer lugar, resalta el hecho que desde la creación del partido del gobierno y hasta 1971 (fecha en que termina el periodo examinado

por el autor, aunque no el fenómeno bajo estudio) "no más de 14 por ciento (de los miembros) de los sucesivos gabinetes anteriormente habían sido (antes) miembros del Comité Ejecutivo Nacional del partido... En consecuencia yo creo que sería incorrecto afirmar que en México el partido domina al gobierno; probablemente sea más cierto lo contrario." (p. 69 de la edición en español).

Un partido donde, histó-

ricamente sólo un séptimo de sus "máximos dirigentes" logran obtener algún puesto en el gabinete presidencial, o sólo una cuarta parte de ellos son re-compensados con un empleo de cierta importancia (dentro o fuera del gabinete) en alguna de las áreas del gobierno donde se toman y ponen en práctica las decisiones nacionales importantes, no puede ser considerado un partido en el gobierno. Un sistema donde la todopoderosa presidencia se ha entregado desde 1970 a la fecha a personas que nunca antes ocuparon puestos de "elección popular" —puestos que demuestran que por lo menos una vez en su carrera política, sus ocupantes se vieron obligados a conocer y manipular con éxito la vida interna, los valores y los intereses del partido— no es un sistema donde el partido sea un elemento fundamental en la formación de la élite política.

El papel relativamente secundario del partido en los sistemas autoritarios ya había sido explorado por el profesor Juan Linz en su estudio clásico del régimen franquista español y el movimiento falangista. En los dos extremos, es decir, en los sistemas de democracia liberal y pluralista o en los sistemas totalitarios, el partido político desempeña un papel fundamental tanto en el reclutamiento de las élites gubernamentales y la formulación y puesta en práctica de la política sustantiva, pero ese no es el caso en los sistemas que se encuentran en el medio del espectro y que son precisamente los de pluralismo limitado (que es otra manera de llamar a los autoritarios), como el nuestro. En estos últimos, la verdadera fuente del poder son el gobierno y sus aparatos burocráticos y no el partido, que es un mero instrumento de aque-

En la obra ya mencionada, y con base en la experiencia histórica, el profesor Smith resume en 21 puntos las reglas del juego político del sistema autoritario mexicano. En el segundo punto, el estudioso norteamericano aconseja al joven mexicano ambicioso que desea trepar por las escalas del poder político con la esperanza de llegar al pináculo, que se afilie al PRI, pero le advierte que esa acción no es, ni con mucho, un requisito suficiente para poder llegar a la meta buscada, pues el examen minucioso de las carreras de aquellos que han sido parte de la élite política mexicana muestra "...que si se puede progresar (en el ascenso hacia la cumbre de la élite) aunque no se tenga ninguna relación visible con el PRI". En realidad, nos dice el agudo observador norteamericano de nuestra peculiar vida política, para llegar a ser miembro de esa élite es más importante no haber militado en un partido de oposición que ser un priista fanático. La afiliación priista no necesita ser "un compromiso activo" para ser efectiva, basta con una militancia meramente simbólica para que la liga con el PRI funcione, sobre todo si se cumplen otros requisitos más importantes; relaciones con las personas adecuadas, conocimientos técnicos, educación universitaria en las instituciones apropiadas, etcétera (páginas 291-292).

Alguien podría decir que lo dicho por Peter Smith es válido para el periodo que él estudió pero no ahora. La evidencia, sin embargo, muestra que lo sugerido en 1979 por el historiador de nuestra política sigue siendo válido. Hoy, la gran política en México la hacen el Presidente y un puñado de economistas, básicamente cuatro. Como es sabido, Carlos Salinas, aunque miembro del PRI desde... 1966, nunca ocupó un cargo público de elección antes de 1988, y únicamente entre 1981 y 1982 desempeñó una tarea importante en el partido del Estado —director general del IEPES—, pero ello fue más bien el resultado de la decisión del candidato presidencial en ese momento —Miguel de la Madrid— que el producto de una larga e intensa actividad del joven Carlos Salinas como militante priista. Los cuatro economistas que tienen a su cargo la modernización material del

país, nunca han experimentado la emoción de ser declarados candidatos a un puesto público por el partido del gobierno... y triunfar en la encomienda. El supersecretario de Estado José María Córdoba Montoya (para usar el término empleado por Miguel Ángel Granados Chapa en vez del de Coordinador de la Presidencia), se afilió al PRI hace apenas cuatro años y medio. Pedro Aspe Armella, el secretario de Hacienda, ingresó al partido del gobierno hace nueve años —poco después de regresar de Estados Unidos con su doctorado— y en todo ese tiempo sólo tuvo una tarea de partido: ser asesor de Carlos Salinas cuando éste quedó al frente del IEPES en 1982. Jaime José Serra Puche, secretario de Comercio y Fomento Industrial, se afilió al PRI hace diez años pero en todo ese tiempo nunca desempeñó un cargo en ese su partido. Ernesto Zedillo Ponce de León es formalmente priísta desde hace 18 años, pero en todo ese tiempo su curriculum vitae no señala otra cosa respecto del PRI que el hecho de que "ha participado en diversas comisiones del IEPES", nada más. Manuel Camacho, el otro miembro del círculo íntimo del presidente, es quizá quien más tiempo ha dedicado a su militancia en el PRI, pues ya en 1965 —a los 19 años— se hizo cargo de la subsecretaría de Prensa y Propaganda del PRI, en 1981-1982 fue secretario de la Comisión Nacional de Ideología del CEN y después, en la campaña de Carlos Salinas, poco faltó para que su acción opacara a la de Jorge de la Vega. Sin embargo, tampoco Manuel Camacho pasó por la experiencia de tener que recorrer el vía crucis del militante priísta antes de llegar al centro de la élite política.

Para concluir: es deseable que pronto se inicie en la vida política de México la etapa de los partidos en el poder. Sin embargo, para que eso ocurra, debe haber antes partidos reales, con independencia, y que no sean simples instrumentos del gobierno. Y todo indica que ese prerrequisito fundamental para una vida política moderna, democrática y sana, aún no se da.

P.D. El autor de esta columna va a tomar unas necesarias vacaciones y durante un par de semanas va a estar ausente de este espacio.